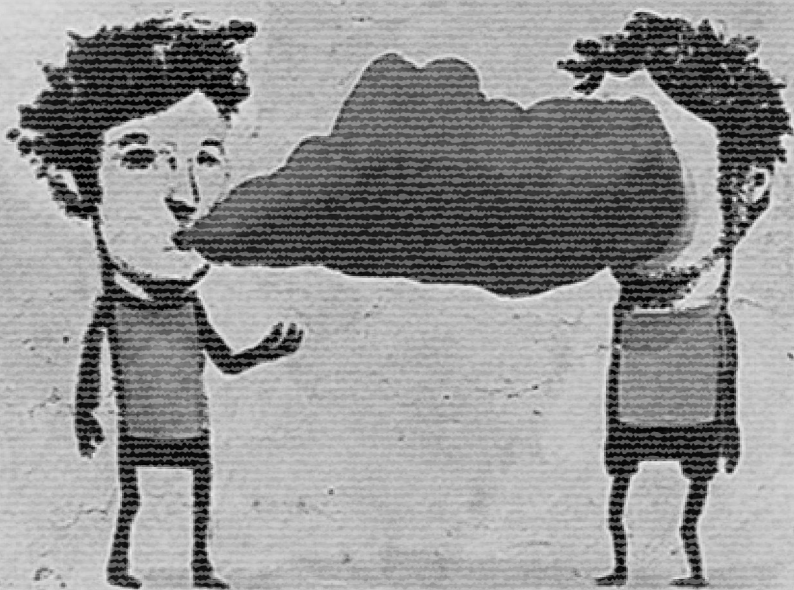


**Guadalupe Reinoso
(Ed.)**

El poder de la argumentación

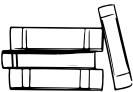
Filosofía, desacuerdos y
prácticas argumentativas



El poder de la argumentación.

Filosofía, desacuerdos y
prácticas argumentativas

Guadalupe Reinoso
(Ed.)

Colecciones
del CIFYH 

El poder de la argumentación : filosofía, desacuerdos y prácticas argumentativas / Cristina Bosso... [et al.] ; editado por Guadalupe Reinoso. - 1a ed. - Córdoba: Universidad Nacional de Córdoba. Facultad de Filosofía y Humanidades, 2023.

Libro digital, PDF

Archivo Digital: descarga y online

ISBN 978-950-33-1773-0

1. Filosofía Moderna. I. Bosso, Cristina. II. Reinoso, Guadalupe, ed.

CDD 199.82

Publicado por

Área de Publicaciones de la Facultad de Filosofía y Humanidades - UNC

Córdoba - Argentina

1º Edición



Área de

Publicaciones

Diseño de portadas y diagramación: María Bella

2023



Esta obra está bajo una Licencia Creative Commons

Atribución-NoComercial-SinDerivadas 4.0 Internacional.



¿Cabe hablar de argumentos terapéuticos?

Pamela Lastres Dammert*

En el presente artículo, cuyo título es en realidad una pregunta, recurriré a una estrategia inevitablemente circular: emplearé argumentos para defender que es perfectamente legítimo hablar de argumentos terapéuticos. Y me referiré casi exclusivamente a la argumentación filosófica, aunque ocasionalmente transitaré rutas de intersección con otras disciplinas, entre las que se encuentran la psicoterapia y el discurso religioso.

Sostendré que no solo *cabe hablar* de argumentos terapéuticos, sino que la historia de la filosofía está *plagada* de ellos. El cometido principal de este ensayo es hacer explícitos algunos rasgos de la argumentación terapéutica en filosofía.

Principales tipos de argumentos terapéuticos

Aunque los llamados «argumentos terapéuticos» en general constituyen una clase abierta, resaltan tres grupos:

Un primer grupo son las meditaciones religiosas. Ellas suelen ser testimonio de personas que buscan salvación. Su propósito usualmente es iniciar a otras personas en ese mismo camino. Estos argumentos no destacan por ser especialmente didácticos, vale decir, en estos casos el autor instruye más por el ejemplo que por el precepto (Frankfurt, 2008, p. 5).

En la argumentación de algunos Padres de la Iglesia, por ejemplo, encontramos que se establece un paralelismo entre la salud y la santidad: se recurre a categorías médicas para dar cuenta de las diversas modalidades de la ascesis, entendida como práctica terapéutica encaminada a conseguir un proceso de mejoramiento espiritual. El término «ascesis» (ἄσκησις) significa originalmente «ejercicio», «entrenamiento», «práctica» y «género de vida».

Un segundo grupo lo conforman los argumentos que se esgrimen en la práctica profesional de la psicología. Podemos afirmar que los diálogos entre psicoterapeuta y paciente contienen sin mayor controversia argu-

* Pontificia Universidad Católica del Perú; pamela.lastres@pucp.edu.pe

mentos terapéuticos. Psicoterapias como la terapia cognitiva (Beck) y la terapia racional emotiva (Ellis) involucran argumentos y el soporte de evidencia. Además, el diálogo entre terapeuta y paciente es una forma de discurso racional. Lo que hace terapéutico a ese diálogo no son los medios empleados —cuya condición de argumento ponen algunos incluso en tela de juicio— sino los fines que persigue (Fischer, 2011, pp. 50-51). La psicoterapia tiene como propósito resolver ciertos problemas emocionales o conductuales que impiden a las personas vivir plenamente, ser autónomas o sentirse realizadas.

Para la terapia cognitiva la mayoría de los problemas emocionales y conductuales se originan o exacerban por distorsiones cognitivas, por errores en inferencias no intencionales o automáticas que conducen a la persona a abrazar conclusiones angustiantes o incapacitantes, o a interpretaciones de los eventos de la vida que generan o refuerzan ciertas emociones o conductas que la terapia pretende erradicar (Fischer, 2011, p.78). Así, la paranoia y la depresión se cristalizan por una miríada de argumentos no justificados. En la psicoterapia se procura, pues, hacer explícitas, examinar y desalojar las presuposiciones “disfuncionales” (Fischer, 2011, pp. 56-57).

Un tercer grupo abarca numerosos textos filosóficos que exhiben también una pretensión terapéutica. En estos me centraré aquí. Sin embargo, las fronteras entre la filosofía y otras disciplinas no están delimitadas con señalada precisión. Un discurso religioso o un diálogo entre paciente y psicoterapeuta pueden (como ocurre a menudo) echar mano de razonamientos filosóficos. Entonces, ¿cuál es la especificidad de un argumento terapéutico en filosofía? ¿Pensamos acaso en una fría disección académica de nuestras vivencias, como un patólogo que realiza una biopsia?

¿Qué es un argumento terapéutico en filosofía?

Grosso modo se trata de un razonamiento comprometido con propiciar o producir una forma de mejoramiento espiritual.

En la argumentación filosófica es frecuente el empleo de imágenes médicas; el paralelismo “surge simplemente de aplicar la analogía natural que se da entre las enfermedades corporales o psíquicas y las enfermedades espirituales” (Larchet, 2016, p. 11). Sin embargo, a diferencia de disciplinas como la psiquiatría, la filosofía terapéutica no trata enfermedades

mentales. No hay en la filosofía una nosología que, a modo de manual de diagnóstico de patologías, clasifique y distinga las enfermedades espirituales que aquejan a las personas.

No obstante, las imágenes médicas aparecen constantemente en la historia de la filosofía. Aristóteles emplea la analogía médica para aclarar su concepción de la filosofía, así como las técnicas y metas a las que aspira, aunque luego también la cuestiona. El epicureísmo, el estoicismo y el escepticismo de la antigüedad adoptan también con entusiasmo la analogía médica. Esta analogía configura la investigación en estas tres escuelas helenísticas (Nussbaum, 2008). Los estoicos pretenden liberar el alma de las preocupaciones vitales, esto es, de los temores y deseos infundados que provocan sufrimiento en los seres humanos. Tomás de Aquino, prominente filósofo medieval, mantiene que la filosofía se comporta con la curación del alma (*curatio animi*) como la medicina con el cuidado del cuerpo.

En el siglo XX, el filósofo austriaco Ludwig Wittgenstein sostiene que la filosofía lidia con malestares que son producto de confusiones conceptuales. Wittgenstein afirma que es preciso desarticular esas confusiones e investigar sus posibles orígenes.

Tras mencionar rápidamente algunos ejemplos de filósofos y filosofías terapéuticas, es oportuno advertir que la noción de “cura” en filosofía es evidentemente analógica y, por tanto, puede enfrentar limitaciones comparativas.

¿Hay argumentos terapéuticos en filosofía?

No pocas personas piensan que la filosofía es un discurso sofisticado, abstracto y alejado de las cuestiones que realmente afectan a los seres humanos. Pero, ¿por qué habría censura de libros si los argumentos filosóficos no tuvieran algún impacto en nuestras vidas? ¿Por qué se prohibiría en las universidades gobernadas por grupos religiosos ultraconservadores la lectura de ciertos autores —Nietzsche es uno de los primeros proscritos— en las asignaturas de filosofía? No es exagerado afirmar que, después de leer a un gran filósofo o a un escritor brillante, nada permanece igual. Así pues, parece que la filosofía alberga algún potencial transformador.

Ni siquiera las tradiciones filosóficas aparentemente más apáticas y volcadas a problemas técnicos han ignorado el potencial transformador de

los argumentos filosóficos. Pensemos, por ejemplo, en los empiristas lógicos. Hacia 1929 Neurath, Hahn y Carnap —insignes miembros del Círculo de Viena— publicaron un manifiesto titulado “La concepción científica del mundo” (*Wissenschaftliche Weltauffassung*), documento que (también) daba cuenta de su anhelo por lograr una transformación racional del orden social.

Tres muestras de argumentos terapéuticos

A continuación, citaré y comentaré breves pasajes de filósofos que emplearon argumentos terapéuticos en distintas épocas de la historia: un filósofo antiguo, uno moderno y otro contemporáneo.

Sexto Empírico

Siendo un filántropo, el escéptico desea curar, tanto como sea posible y por medio del discurso racional, la arrogancia y atrevimiento de los dogmáticos. Así, igual que los médicos que curan las enfermedades corporales poseen remedios de distinta fuerza y aplican los más fuertes a los pacientes más graves y los más suaves a los menos graves, —del mismo modo el escéptico propone argumentos de distinta fuerza y se vale de los más fuertes y capaces de eliminar con contundencia la enfermedad de la arrogancia dogmática en quienes están gravemente afectados de dicha presunción, y de otros más suaves en los que la enfermedad de la arrogancia es más leve y fácilmente curable y que puede ser eliminada con formas de persuasión más suaves (1933, 280-281).

El primer pasaje corresponde a Sexto Empírico (160-210 d.C.), filósofo escéptico de la antigüedad. Esta corriente filosófica fue principalmente un modo de vida, una forma de practicar la filosofía. Encontramos en Sexto una visión peculiar de la filosofía animada por una meta práctica: la de curarse de dogmas y compromisos filosóficos para vivir mejor. Como se aprecia en el pasaje citado, son los argumentos los que se espera que tengan un impacto favorable en la forma de vida.

Los argumentos que va oponiendo Sexto no son simplemente juegos ingeniosos entre doctrinas opuestas, sino ejercicios sostenidos por una praxis ética. La actividad filosófica consiste en oponer los argumentos entre sí, asistir a su equipolencia y suspender el juicio, luego de lo cual sobreviene la ataraxia o tranquilidad de espíritu en relación con las opi-

niones. El escéptico sextiano descubre que la suspensión del juicio (ἐποχή) es la opción intelectualmente más honesta. Luego, al suspender el juicio, por casualidad se alcanza la *ataraxia* (ἀταραξία) o paz espiritual. Se trata de una suspensión del juicio que en este caso guarda una (in)cierta conexión con un beneficio práctico.¹ La idea aquí es impedir que los eventos nos perturben, excepto si se trata de las inevitables incomodidades impuestas por la naturaleza.

René Descartes

[...] aunque existan contentos que dependen del cuerpo y otros que no dependen de él, no existe contento alguno que no sea espiritual. Pero, para que el contento sea consistente, hay que atenerse a la virtud, es decir, tener voluntad firme y constante de llevar a cabo cuanto nos parezca lo mejor y poner toda la fuerza de nuestro entendimiento en formarnos juicios atinados (Descartes, 2011, p. 593).²

quien [...] está completamente lleno de opiniones y dominado por mil prejuicios, difícilmente se rendirá a la sola luz natural; pues desde hace tiempo está acostumbrado a ceder a la autoridad más que a prestar oídos al dictamen de su propia razón (Descartes, 2011, p. 92).

Mi propósito al elegir los dos pasajes anteriores —a los que podrían sumarse muchos otros— es sugerir que la obra entera de René Descartes, con las *Meditaciones Metafísicas* a la cabeza, puede leerse con arreglo a un cometido terapéutico: el de guiar al lector a la salvación intelectual, relatiéndole su propio descubrimiento del poder de la razón y su escape del testimonio de los sentidos. ¿Cómo así podríamos salir mejorados de la lectura de la obra de Descartes? A entender del padre de la filosofía moderna, las personas se encuentran hondamente corrompidas por preconceptos y prejuicios, de manera que no consiguen hacer buen uso de la capacidad racional. Las *Meditaciones Metafísicas*, como lo advierte Harry Frankfurt (2008), comparten con las meditaciones religiosas el cometido de instruir a otras personas en un parecido camino de salvación.

Descartes adjudica a los argumentos escépticos de las *Meditaciones Metafísicas* un rol terapéutico principalmente en el descubrimiento del peso

1 La *ataraxia* es algo que acontece, aunque no se busque necesariamente.

2 Se trata de una carta cursada por Descartes a Isabel de Bohemia con fecha 18 de agosto de 1645.

que en él tienen sus largamente abrazados prejuicios. Es preciso deshacerse de ellos. La propuesta de Descartes apunta a una curiosa recuperación de la inocencia infantil, que simultáneamente deja intacta la fuerza de la madurez de sus poderes racionales. Descartes espera de las personas una suerte de renacimiento espiritual, o más bien intelectual (Frankfurt, 2008, p. 22).

Ludwig Wittgenstein

Me gustaría eliminar del lenguaje filosófico las proposiciones a las que volvemos una y otra vez como hechizados (Wittgenstein, 1988, § 31).

[...] Pues la claridad a la que aspiramos es en verdad completa. Pero esto sólo quiere decir que los problemas filosóficos deben desaparecer completamente.

El descubrimiento real es el que me hace capaz de dejar de filosofar cuando quiero.—

Aquel que lleva la filosofía al descanso, de modo que ya no se fustigue más con preguntas que la ponen a ella misma en cuestión.— [...]— Se resuelven problemas (se apartan dificultades), no un único problema.

No hay un único método en filosofía, si bien hay realmente métodos, como diferentes terapias (Wittgenstein, 1988, § 133).

Las dos citas anteriores —que corresponden al segundo Wittgenstein— sugieren que el cultivo *no tradicional* de la filosofía (léase el terapéutico y wittgensteiniano) alcanza un resultado práctico: libera al filósofo de agobiantes problemas intelectuales, lo que permite que el susodicho se tranquilice. Es evidente que Wittgenstein comparte con Sexto Empírico y los antiguos escépticos la apreciación de que la indagación filosófica tradicional no presta auxilio a los filósofos para arrancarlos del estado de inquietud o de perturbación (*taraché*) en que las habituales consideraciones teóricas los sumen. A diferencia de lo que ocurre, por ejemplo, con el epicureísmo, la tranquilidad de espíritu en Sexto y en Wittgenstein no es un *τέλος* (o fin) que se persiga por sí mismo. Más bien es algo que acontece, aunque no se busque directamente. Los argumentos terapéuticos en Wittgenstein pretenden espolear el espíritu inquisitivo del lector para in-



citarlo a abandonar la forma tradicional de practicar la filosofía, una que lleva, según Wittgenstein, a la aparición de pseudoproblemas.

Wittgenstein anhela que los argumentos terapéuticos no solo nos traigan cierta paz sino también, como es notorio en su segunda filosofía, que nos ayuden a reconquistar nuestra capacidad de asombro ante lo cotidiano, un ámbito que la filosofía tradicional ha desvalorizado. Sin embargo, en los escritos del segundo Wittgenstein muchas veces los argumentos no se presentan con la forma de premisas y conclusión. Un esquema de argumento característico de las *Investigaciones filosóficas* y de *Sobre la certeza* es el siguiente:

Tú sostienes —replica a su interlocutor imaginario— que esto y aquello *debe ser* el caso. Aquí, sin embargo, hay varios ejemplos que muestran que las cosas no tienen que ser como dices. Tu presuposición, pues, es falsa.

Este tipo de argumentos aparecen, por ejemplo, en el rechazo wittgensteiniano del esencialismo, en su crítica al ámbito de lo (supuestamente) privado, etc. (Hanfling, 2004, p. 182).

Una tarea que lleva a cabo el segundo Wittgenstein consiste en mostrar cuán fácilmente nos desorientamos al emplear el razonamiento analógico en filosofía. Las analogías inadvertidas que empleamos son frecuentemente el corazón de la perplejidad filosófica. Adherirse a imágenes y analogías inadecuadas produce distorsiones cognitivas. Dichas distorsiones nos llevan a concebir conjuntos de pseudoproblemas filosóficos y propician problemas emocionales y conductuales. Ahora bien, ¿cómo operan los argumentos terapéuticos de Wittgenstein?

Hay al menos dos modelos distinguibles de argumentos terapéuticos en la filosofía de Wittgenstein. El primero es el disolutivo y corresponde al *Tractatus*, es decir, al primer Wittgenstein. Es el más cercano a la imagen médica; le cae de perillas la imagen del purgante. La escalera tractariana que se arroja luego de haberla subido es uno de los ejemplos más emblemáticos. Pero también este otro, en el que vemos cómo se disuelve un malentendido lingüístico:

La pregunta “¿no es, quizá, cualquier memoria, (incluso la que llamamos confiable) indigna de confianza?” se encuentra al mismo nivel de “¿no son quizá altas todas las notas, incluso las que llamamos bajas?” Esta pregunta es solo un mal empleo del lenguaje; y nada más.

Podemos ahora ver cómo se disuelve el problema. Solo replicamos: “Dí-nos entonces qué quieres decir. Si no puedes hacerlo no imagines que hay una pregunta” (Waismann, 1970, p. 29).

El segundo modelo de argumento terapéutico es el dialógico-combativo, que encaja mejor con el estilo conversacional o confesional de la obra tardía de Wittgenstein. Una estrategia terapéutica combativa puede darse el lujo de no contestar al (supuesto) desafío teórico en sus propios términos, pero sí desarticularlo y replantearlo. Lo importante es que no hay una actitud concesiva. Esto sucede, por ejemplo, con el tratamiento wittgensteiniano del escepticismo filosófico en *Sobre la certeza*, tema ante el cual Wittgenstein siempre mostró hostilidad.

En el enfoque dialógico-combativo, más cercano a la terapia psicoanalítica que al modelo quirúrgico o médico, las técnicas y observaciones de diagnóstico han de ayudar al lector a comprender por qué está inclinado a equivocarse. El que los puntos de vista en cuestión estén errados o resulten desorientadores se muestra con argumentos. En este enfoque se subraya más la dimensión constructiva de la filosofía terapéutica.

Ángel Faerna ha advertido con razón que “en cierto modo, uno tiene la incómoda impresión de que [uno] debería hacerse wittgensteiniano antes de que los argumentos [...] de Wittgenstein puedan causarle algún efecto” (2015, p. 50). Esta declaración indicaría que los distintos argumentos terapéuticos de Wittgenstein incluyen dos momentos: el momento de la persuasión y el momento de la argumentación (en ese orden). Primero nos convertimos al wittgensteinianismo y luego valoramos los argumentos de Wittgenstein. De acuerdo a mi propuesta, en un tratamiento terapéutico de los problemas de la filosofía uno no es concebible sin el otro: ambos momentos pedalean en tándem y se dan simultáneamente.

Características de los argumentos terapéuticos

Después de haber presentado someramente tres ejemplos de la historia de la filosofía, procuraré hacer más explícitas las características más relevantes de los argumentos terapéuticos. Un primer rasgo es que estos poseen una acusada dimensión ética. En palabras de Martha Nussbaum³, estos

3 Nussbaum se refiere a características comunes de los argumentos dentro de la imagen médica de la filosofía. Aquí tomo y replanteo a mi manera los rasgos que

argumentos tienen una finalidad práctica, lo cual no equivale a afirmar que su valor sea meramente instrumental. Tanto Sexto Empírico como Descartes y Wittgenstein esperan que los argumentos terapéuticos puedan responder a ciertas necesidades de cada persona y, en tal sentido, que logren algo más que cambiar la forma de pensar de la persona: pretenden, además, remecer su voluntad. Así como Wittgenstein subraya que lo que hay que vencer es más una cuestión de la voluntad que del entendimiento (Wittgenstein, 1995, p. 56)⁴, Descartes reconoce la necesidad de modificar buena parte de los viejos hábitos, pero admite que esta difícil tarea solo puede llevarse a cabo si la necesidad de transformarlos es de peso. Los esfuerzos filosóficos son terapéuticos si están orientados por la meta de resolver problemas emocionales o conductuales (y estos no son alegremente separables de los problemas intelectuales).

Un segundo rasgo de los argumentos terapéuticos es que ellos responden a situaciones y necesidades concretas. Obedecen a casos particulares y específicos. En tal sentido puede afirmarse que su objeto es la salud de la persona, no la de la comunidad (aunque sin duda una y otra están entretreídas). Esta característica es particularmente importante. ¿Quién no ha pasado por la siguiente situación? Alguien que nos conoce muy bien —alguien a quien admiramos y respetamos— nos presta un libro con la entusiasta advertencia “me cambió la vida”. Y lo leemos, pero nos decepciona terriblemente: no nos dice nada. Igualmente, los argumentos terapéuticos son en cierto sentido como trajes confeccionados a medida: los que funcionan con uno, no necesariamente le vienen bien a otra persona.

En el modelo médico del escepticismo sextiano se atiende a casos particulares —en los que se dosifican los argumentos terapéuticos requeridos por la situación— y el terapeuta se abstiene de postular normas generales orientadas a conservar o promover la salud del espíritu. Igualmente, en alguna ocasión lamenta Descartes lo «corporizada» que se encuentra una de las señoras nobles con quienes mantenía correspondencia, lo que hace muy difícil trabajar con ella. Wittgenstein también insiste en que filosofar es trabajar sobre uno mismo.

encuentro sugerentes para el perfil de argumentos terapéuticos que intento esbozar.

4 La anotación es de 1931. Más adelante, en las *Investigaciones Filosóficas*, por ejemplo, cuando Wittgenstein aborda la cuestión de ver aspectos, resalta la importancia de la voluntad.

Un problema filosófico es un problema *para alguien*. Sin embargo, los problemas del filósofo son también problemas de la cultura, de la sociedad o del modo de vida reflejado en el lenguaje. Aunque el mal de uno pueda a la postre ser también mal de muchos, pese a que las confusiones de una persona puedan resultar similares a las de otras —Wittgenstein ocasionalmente se refiere a la “enfermedad de una época”—, la situación de la que parte la filosofía terapéutica es ciertamente existencial y singular.

Un tercer rasgo es la importancia que posee la forma retórica y literaria de los argumentos terapéuticos (Nussbaum, 2003, p. 68). El cuidado de uno mismo exige un lenguaje sencillo y familiar en el que no se desperdicie palabra alguna, ya que se trata de un habla personal. Demanda del interlocutor (o terapeuta) una respuesta en la que las palabras sean empleadas con perspicacia, recurriendo a términos proferidos sin arrogancia, frivolidad o afectación verbal. Este discurso (potencialmente) transformador no requiere de teorías explicativas y es fundamentalmente un combate ético (Heaton, 2010, p. 31).

En los argumentos terapéuticos resulta particularmente importante el estilo. Por ejemplo, muchos filósofos escépticos de la antigüedad prefieren modos de expresión aproximativos que no intenten zanjar los asuntos en discusión. Sexto Empírico elige intencionadamente formas de expresarse que sugieren que sus intuiciones filosóficas más importantes no son aseveraciones dogmáticas, sino tan solo reportes sobre el modo en que las cosas se dan o le afectan.

En Descartes, por tratarse de un filósofo moderno, no encontramos todavía una reflexión sobre el lenguaje, pero sí una invocación a usar los conceptos de la manera más sencilla y limpia posible, evitando echar mano de definiciones y nociones oscuras provenientes de la tradición. En Wittgenstein, el estilo es también algo fundamental y no cosmético: se encuentra completamente entrelazado con el pensamiento y la propia vida.

Resultados de los argumentos terapéuticos

¿Cuáles son los resultados esperados de un argumento terapéutico? El cometido ético de estos argumentos es fundamentalmente de esclarecimiento (Wisniewski, 2007, pp.73-76). A lo mejor no cabe afirmar que hemos llegado a un destino distinto del que partimos, pero al menos podremos decir que *somos* personas distintas. Nos hemos examinado

y nuestro mundo es más rico. Nos conocemos mejor. Esta es la manera específica en que la clarificación puede cambiarnos sin necesariamente enseñarnos un contenido fundamentalmente distinto de los que ya conocíamos. La labor filosófica de esclarecimiento procura hacernos más transparentes para nosotros mismos, más lúcidos, más modestos, menos dogmáticos. Todo eso resulta profundamente liberador. En palabras de Wittgenstein: “¿Cuál es tu objetivo en filosofía? — Mostrarle a la mosca la salida de la botella cazamoscas” (1988, § 309).

Filósofos como Sexto Empírico, Descartes y Wittgenstein —cada cual a su modo— conciben la filosofía como una forma de vida comprometida con el mejoramiento del ser humano. Esto quiere decir que no la consideran una mera actividad académica sino, sobre todo, un recurso para hacer frente a los problemas y confusiones que aquejan a las personas. La práctica filosófica para estos pensadores, antes que centrarse en transferir información, promueve que el interlocutor conquiste sus propios hallazgos. La filosofía es valorada por ellos como una práctica argumentativa orientada a la transformación personal. Y es que el modo de vivir no es un asunto sobre el que uno pueda dejar de pensar⁵. Puede que suene pomposo afirmar sin más que la filosofía nos hará mejores; sin embargo, al menos continuamos intentándolo. La filosofía no es, pues, un medio para relevarnos de nuestras obligaciones ni ofrece a nadie un rincón acogedor donde guarecerse de las dificultades y responsabilidades de la vida, sino es más bien una forma (peculiar y muy humana) de involucrarse activamente con todo esto.

Para terminar, no está demás hacer una advertencia: jamás se debe confundir la filosofía terapéutica con el tan extendido discurso de autoayuda. Es imprescindible marcar distancia entre los argumentos terapéuticos de la filosofía —en su versión sextiana, cartesiana o wittgensteiniana— y la contemporánea consultoría filosófica. Lou Marinoff, gurú de la consejería filosófica y autor de *bestsellers* de autoayuda, identifica procedimientos de pocos pasos para “alcanzar la paz”. Más allá de sus recetas simplistas, creo que Marinoff se equivoca cuando augura que en un futuro próximo el mundo contará con hordas de entusiastas filósofos al servicio de presos, enfermos terminales e individuos sedientos de dotar de sentido a su precaria existencia: al menos en los siglos que lleva de historia, la filosofía

5 Hasta Descartes lo aceptó y por eso no le quedó más remedio que proponer una «moral provisional», descrita muy brevemente en el *Discurso del método*.

ha sido siempre una actividad compleja, intelectualmente muy costosa y poco popular. A los más incrédulos les bastará con recordar cómo murió Sócrates.

Referencias Bibliográficas

Ammereller, E. y Fischer, E. (2004). *Wittgenstein at work. Method in the Philosophical Investigations*. Routledge.

Descartes, R. (2011). *Obras*. Gredos.

Faerna, Á. (2015). Escepticismo, falibilismo y certeza: una reflexión en torno a Wittgenstein. En Quintanilla, Pablo y Viale, Claudio (Eds.), *El pensamiento pragmatista en la actualidad: conocimiento, lenguaje, religión, estética y política* (39-58). Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú.

Fischer, E. (2011). How to practice Philosophy as Therapy: Philosophical Therapy and Therapeutic Philosophy. *Metaphilosophy*, 42, (1-2), 49-82.

Frankfurt, H. (2008). *Demons, Dreamers and Madmen. The Defense of Reason in Descartes's Meditations*. Princeton University Press.

Hanfling, O. (2004). The use of 'Theory' in Philosophy. En Ammereller, Erich y Fischer, Eugen, *Wittgenstein at work. Method in the Philosophical Investigations*. Routledge.

Heaton, J. M. (2010). *The talking cure. Wittgenstein's therapeutic method for psychotherapy*. Palgrave Macmillan.

Larchet, J. C. (2016). *Terapéutica de las enfermedades espirituales*. Ediciones Sígueme.

Mach, E. (Hans Hahn, Otto Neurath y Rudolf Carnap) (2002). La Concepción Científica del Mundo: El Circulo de Viena. *Redes, Revista de estudios sobre la ciencia y la tecnología*, (9), 18, 103-149.



- Nussbaum, M. (2003). *La terapia del deseo. Teoría y práctica en la ética helénica*. Paidós.
- Pérez Chico, D. y Mayoral, V. (Eds.). (2015). *Wittgenstein. La superación del escepticismo*. Plaza y Valdés.
- Sextus Empiricus (1933). *Outlines of Pyrrhonism (PH)*. Harvard University Press, Loeb Classical Library.
- Wisnewski, J. (2007). *Wittgenstein and Ethical Inquiry. A Defense of Ethics as Clarification*. Continuum International Publishing Group.
- Waismann, F. (1970). *Los principios de la filosofía lingüística*. UNAM.
- Wittgenstein, L. (1995). *Aforismos, Cultura y Valor*. Espasa Calpe.
- Wittgenstein, L. (1988). *Investigaciones Filosóficas*. Crítica.
- Wittgenstein, L. (1988). *Sobre la certeza*. Gedisa.

